

no. Tras una correría en Provenza, remontó hacia Borgoña, tomó y saqueó varias ciudades y volvió triunfante cargado con sus despojos y seguido de muchísimos cautivos (1).

Esta expedición primera vino á ser un preludio de los grandiosos intentos de El Samah. Volvió luego sus armas contra las posesiones del duque auxiliador de los septimanos que acababa de vencer. Adelantase hacia el Garona por las vistosas campañas del valle del Aude, y sitia á Tolosa, que iba á rendirse, cuando llega Eudes en su defensa, con grandísima huéste. Era tal su sinnúmero, que la polvareda levantada en su marcha *oscurecía el cielo*, dice el autor árábigo de quien tomamos la relación. Al presenciar tanto enemigo, estuvieron titubeando los musulmanes; pero les dice El Samah: «No hay que temer á esa muchedumbre; si Dios está con nosotros, ¿quién nos ha de contrarrestar?» Suena el ataque; se estrellan los ejércitos, dice el mismo escritor, con el ímpetu de raudales despeñados de las cumbres; se cruzan y batallan estruendosamente. Horrrosa es la refriega; tremenda la mortandad, y la victoria permanece largo rato indecisa; van ya sin embargo á sobrepujar los aquitanios, y corre El Samah acá y acullá con la saña de un león. Alienta á los suyos á la pelea con su propio ejemplo con rasgos mas y mas portentosos; le corre la sangre de su espada en arroyos por los brazos y el cuerpo; espolea allá su caballo sobre el remolino de los enemigos, y basta solo para arrollarlos. Mal puede quedar en salvo general que así se abalanza personalmente: cae El Samah traspasado de lanzadas y acorralado por el enemigo; y solo tal cual ginete había podido seguirle echando el resto de su denuedo. El malogro de su caudillo desalienta á los musulmanes; tratan de rehacerse y rechazar á los aquitanios, mas se agolpan sin término, y cuajan el campo de batalla con sus tropas apiñadas; cede por fin el ejército árabe el terreno al vencedor, y se retira con solo el tercio de su gente. Así feneció El Samah, tras haber peleado con heróico brio, y se perdió la batalla por las cercanías de Tolosa el 9 del djulkadab 102 (11 de mayo de 721) (2). Lo recio del

trance ocurrió sobre la carretera romana de Tolosa, y apellidaron los árabes el sitio *Balad el Chruada* (el empedrado, la calzada de los mártires).

Fué juntando las reliquias del ejército de El Samah, Abd el Rahman uno de los caudillos musulmanes que sobresalieron en la batalla, y las condujo hacia Narbona. Cuentan que Eudes lo fué persiguiendo hasta los muros mismos de aquella ciudad; pero el árabe desempeñó su retirada, con tal maestría, que logró libertarse del enemigo. En vista de sus prendas, los árabes reconocieron á Abd el Rahman por su emir, siendo este el mismo Abderamen, á quien Carlos Martel ha de vencer luego entre Turs y Poitiers. Era de suyo denodado y generoso, querido de los soldados y en extremo dádivo, y ante todo apreciado por la nobleza de su pueblo, y en fin uno de los héroes mas sobresalientes entre los musulmanes de aquella temporada. Quedó luego reconocido como emir por los caudillos musulmanes de la raya oriental de la península. Tan solo Ambesa, encargado por El Samah, á su partida para la expedición ultramontana, del gobierno de la conquista, puso algun reparo en aquel reconocimiento; mas puesta en manos del gobernador de Africa, resultó confirmada la elección de Abd el Rahman. Sabedor Ambesa de la derrota de Tolosa, espidió una convocatoria guerrera á los musulmanes, y habian ido acudiendo refuerzos al socorro de Narbona. Abd el Rahman fué conteniendo con estas nuevas fuerzas á los cristianos de la Galia goda, entre los cuales habia movido algun ardor el logro de sus vecinos de Aquitania. El valeroso emir enfrenó tambien á los montañeses de Jaca, que se habian tambien sublevado, y los historiadores musulmanes van complacidamente reseñando las ventajaz de aquel general, que recogió cuantiosas riquezas por los países que avasalló por entonces al Islam. Su estremado desprendimiento en el reparto de la presa entre sus soldados se los granjeó entrañablemente; pues era su costumbre cedérselo absolutamente todo, excepto el quinto, que reservaba esmeradamente para el califa; liberalidad que enamoró en tan sumo grado á la tropa, que segun la espresion de un historiador árábigo, en tratándose

(1) Postremo Narbonensem Galliam suam facit, gentemque Francorum frequentibus bellis stimulat, et electos milites, Sarracenum in praedictum narbonense oppidum ad praesidia tuenda decemter collocat. Isid. Pacensis, Chron., c. 48.

(2) Aunque Condé pone por fecha de esta batalla el año 105 de la egira, es indudable que acaeció en 102. Eben Hahxan (en Ahmed), Ebn Baskual y Ebn Khaldun deslindan terminantemente esta fecha, y están acordes en esto con las crónicas cristia-

nas, que ponen todas las batallas de Tolosa en 721. El arte de comprobar las fechas (parte tercera, tomo 2, pág. 513) zabiere áspera, pero fundadamente, el verro de Condé, que trae el principio del gobierno de El Samah y su muerte en el mismo año 105 de la egira (722 de Jesucristo), y que luego da dos años y siete meses de duracion á su gobierno.

de servirle, miraban los riscos mas agrios como llanura, sin que mediasen obstáculos para atajarles el cariño que le profesaban.

Murió por entonces en Siria el califa Yezid, el 25 de la luna de schaaban, 105 de la egira (27 de enero de 724 de J. C.), á quien sucedió su hermano Hescham ben Abd el Melek. Desagradaron en España el gobierno de Abd el Rahman y su popularidad á algunos caudillos, y Ambesa seguia siempre esperanzado de ser elegido wali. Escribieron aquellos gefes contra él al wali de Africa, y aunque no le negaban su valentia, le tildaban de flojedad en el gobierno y su liberalidad indiscreta, que estaba según ellos, estragando las costumbres frugales y sencillas de los musulmanes. Le participaban que no estaba en manos de Abd el Rahman el ser menos dadivoso, y que aunque se estremeciesen cielo y tierra no le cabia en un dia de victoria rehusar lo mas mínimo á sus soldados. Tantas denuncias redobladas recabaron su revocacion, y el gobernador de Africa, Baschr ben Hhantala ben Sefwan el Kelbi, nombró en su reemplazo á Ambesa ben Sohim, que además de sus prendas personales, era Kelbi, esto es, de la misma tribú que el Wali. Merecia tambien Ambesa sumo aprecio por su denuedo y su cordura, y se conceptuó el de mas desempeño para gobernar la conquista despues de Abd el Rahman. Era este de tal temple, que no se agravió un punto de su apeamiento, recobrando sencillamente el mando antiguo de la España oriental, que obtenia antes de su ascenso á emir. Aun visitó y cumplimentó al nuevo emir con espresiones sinceras y leales protestas de amistad.

Ambesa, en desagravio de la derrota de Tolosa, envió varios cuerpos allende el Pirineo; mas en vano se empeñaron en recobrar las plazas de donde habian sido arrojados los árabes. Quedaba Narbona aislada, y era la plaza de armas y el centro de operaciones de los musulmanes. En las varias correrías que fueron haciendo por Levante, quedaron por lo mas arrollados sus destacamentos. Por fin Ambesa acordó acaudillar en persona una expedicion, y la primera plaza que embistió y allanó fué Carcasona, que hasta entonces no habia sido tomada. Se encaminó luego hácia Levante, y un autor muy antiguo (1) afirma que fué sojuzgando todo el pais que media entre Carcasona y Nimes *por medios pacíficos*. Contentábase con algunos rehenes para en-

viarlos á Barcelona, dejando á todas las ciudades rendidas voluntariamente el ejercicio libre de su culto. Los tratados de los árabes seguian en la generalidad el mismo rumbo que en España, variando solo algun tanto en el pormenor. No precisaban al islamismo, pero lo ostentaban, lo predicaban, y no permitian que le atajasen el predominio de su moralidad; y así seguian pactando, como en España, la condicion terminante de que no se pusiese estorbo á la conversion de los cristianos á la ley de Mahoma. Encaminóse una division de su ejército hácia el Norte. «Tenia Dios despavorido el corazón de los infieles, dice un autor mahometano hablando de esta campaña. Si se presentaba alguno de ellos, era para pedir misericordia. Fueron los musulmanes tomando paises, concediendo salvaguardias, se internaron y se encumbraron hasta llegar al valle del Ródano; y desde allí, desviándose de la costa, se adelantaron por el interior (1).»

Mandaba Ambesa mismo aquella division; fué siguiendo el Ródano, tomó á Lion, llamado entre los árabes Loudoun, por contracción patente de Lugdunum; se internó, ciñendo el cauce del Saona, hasta Borgoña; y tomó á Augustauduno (Autun) (2), y volvió cargado de mil despojos, y satisfecho de haber andado y reconocido todo el pais; tal era la maña perpétua de los árabes, pues se atenian á dos sistemas de guerra, ó mas bien llevaban dos miras diversas: corrian, asolaban y despojaban un pais, pagados con reconocerlo y dejarlo despavorido; y entonces sus invasiones eran aventureras y denodadas, mas orillábanlas de improviso en tropezando con algun obstáculo formal; ó bien aspiraban á imponer la ley del Islam metódicamente, planteando un establecimiento fijo en la comarca embestida, y en este último caso, aparecian cuerdos y tenaces, cuanto en el otro habian sido arrojados y corredores; y entrambos aspectos se manifiestan en todas sus expediciones militares. Para sus guerras de la Galia tenian el estribo en España, de donde extraian sus fuerzas, y á donde acudian en sus fracasos y fatigas para rehacerse y preparar la campaña siguiente. Ateniase Ambesa al sistema nacional, mas le fué muy aciaga aquella algarada lejana por la Borgoña. En una de las muchas refriegas que se le

(1) Maccarry, Mss. de la Bibl. real, citado por Mr. Reinaud, n. 704, f. 72, recto.

(2) El 22 del mes de agosto de 725, según los Anales de Aniano (Pr. p. 16).—Véase tambien la Ch. de Moissac, p. 291. A. D. DCCXXV.

(1) Annal. Antian. Pr., p. 15.

rodearon para quedar airoso, comprometiéndose por lo mas personalmente, habia quedado gravemente herido, y de resultas murió al retirarse hácia Narbona; aunque otros afirman que murió alanceado en una escaramuza (1).

Ambesa al morir encargó el mando del ejército á Hodheirah-ben-Ahdalá el Fehri, mas pidieron las tribus á Baschr-ben-Sewan el Kelbi, gobernador de Africa, otro caudillo. Nombró aquel á Yahhyay-ben-Salemah el Kelbi, quien, además de militar, era hombre eficaz y justiciero. Mas sus rigores lo malquistaron con los jeques, quienes pidieron su deposición mientras andaba visitando las fronteras. Obdaidalah-ben-Abd-el-Rahman-el-Salemi, gobernador á la sazón de Africa, conceptuó la petición fundada, y envió á España á Hodaifa-ben-el-Ahhaus-el-Kaisi, por sucesor de Yahhyay. Mas como carecia de todo desempeño, no pudo permanecer en su destino mas que algunos meses y quedó depuesto y reemplazado por Otman-ben-Abu-Nesa el Djohani, que ejerció igualmente muy poco aquella potestad, pues agravios ó tal vez celos de linaje lo hicieron revocar, y en su lugar nombró el mismo califa á El-Haitham-ben-Obeid el Kelbi; mas tampoco fué acertada la elección soberana, pues desde luego El-Haitham se mostró tan cruel y avariento, que se acarreó el odio general; porque permaneciendo en Córdoba, estuvo no menos adusto con los musulmanes que con los cristianos, y mientras estuvo recorriendo la Andalucía, su antecesor Otman-Abu-Nesa habia recobrado el mando del ejército que estaba ocupando las posesiones marítimas en las provincias orientales por ambas faldas del Pirineo (2). Ya tenemos visto cuán corrientes eran aquellas revueltas en el mando entre los musulmanes, trocando al superior de la víspera en inferior de la madrugada, pues segun sus aprehensiones de fatalismo, cadacual se encumbraba ó se despeñaba segun la voluntad de Dios. Espejo peregrino de tanto vaiven en la potestad fué El-Haitham entre los árabes, y él mismo, despues de tirar la España y quitar de enmedio á sus enemigos con tormentos y martirios, vino á quedar también martirizado al igual de sus pacientes. Habiendo una de sus victimas enterado al califa de sus estafas y tropelias, envió aquel un plenipotenciario á Espa-

ña, á Mohamed-ben-Abdalá, con la incumbencia de aprear, y castigar al wali, si resultaba reo, y disponer él mismo del gobierno de la conquista. Mohamed, conceptuando en efecto culpado á El-Haitham, lo ajustició en términos que retratan al vivo á aquel pueblo tan extraño. En nombre del califa lo hizo afianzar, desnudarle de su ropage de caudillo, descubrirle la cabeza, maniatarlo por la espalda, y lo hizo pasear sobre un asno por toda la ciudad que tenia pocos dias antes despavorida, con rechifla y clamoreo burlesco del pueblo entero. Luego lo ahorró y embarcó, y puesto á disposición del gobernador de Africa, paró en lo que Dios quiso. Así habla el árabe.

Mohamed, permaneciendo por dos meses en España; manejó los negocios con tino y honradez, y luego entregó el mando á Abd el Rahman ben Adalá el Gafeki, quien como se ha visto, estuvo ya antes encargado de aquel empleo eminente. Esta conducta garbosa y la elección de Mohamed honran al plenipotenciario siriano, y todos los guerreros y musulmanes devotos la vitorearon, en celándose únicamente los hereberes. Hemos hablado de las esclarecidas prendas de Abd el Rahman, realizándolo allá una particularidad para el concepto de los verdaderos creyentes, y era la intimidad estrecha que tuvo con uno de los hijos del califa Omar, compañero de Mahoma, y digno de toda su privanza; sabia por él muchas especies curiosas acerca del profeta, y las solia recordar complacientemente en sus instrucciones y lecturas públicas, segun la práctica musulmana de aquel tiempo; pues todo sugeto dotado de valentia y de luces era al propio tiempo sacerdote y soldado de Mahoma, siendo los caudillos militares verdaderos imanes (1). Con especialidad los árabes castizos se pagaron de aquella elección dando las gracias al califa.

Habia Abd el Rahman recibido la tradición de Muza, y desde su encumbramiento á la potestad estaba echando el resto en prepararlo todo para la conquista de la *Tierra Grande*, allende el Pirineo. Preparativos grandísimos se estaban haciendo en Siria para acometer al Imperio griego, y una expedición al Occidente, debía darse la mano con el avance sobre la Europa oriental. Dedicó los primeros años de su gobierno á ir visitando las provincias y restableciendo por todas partes el orden, se mostró

(1) En el mes de schaaban 107 (fin de 725 ú principio de 726) segun Basckual (in Ahmed). Véase también Isid. Pac., 53.

(2) Otman-ben-Abu-Nesa es el idéntico que el Munuza de las crónicas antiguas españolas y francesas, y bien se alcanza que es muy óbvio el trastrueque de Abu-Nesa con Munuza.

(1) Este es el nombre que se ha dado á los caudillos de la fe entre los musulmanes. Imam, *princeps*, el cabecero, el que va delante.



siempre afable con todos, é igualmente justiciero con cristianos y musulmanes, requiriendo de todos el cumplimiento puntual de los tratados, en nombre del Alcoran (1). Hizo devolver á los cristianos las iglesias que les habian usurpado, hollando las capitulaciones, y mandó derribar las que gobernadores codiciosos habian permitido edificar por medio de cohechos. Entretanto iba por todas las mezuquitas voceando su grandioso intento de armar guerra allende los montes, y alentaba á los fieles para acudir á ella con empeño.

Estamos ya impuestos en el estado de la Galia cuando Abd el Rahman andaba así alborotando las tribus de España para continuar la guerra sagrada (*el djihed*). Estaba ya la Septimania á merced de los musulmanes desde los Pirineos orientales hasta el Ródano. El vencedor de Tolosa, Eudes, duque soberano de Aquitania, se hallaba gobernando toda aquella parte de territorio, ceñido en poquisima diferencia entre los Pirineos, la raya de Septimania, el Océano, el Loira y el Ródano. Por el Norte, junto al Loira, dominaban los austrasico-francos; mas apenas quedaba ya rastro de aquel poder primitivo de los compañeros de Clodoveo. Los galo-romanos, avasallados por los primeros conquistadores francos y por los herederos de Clodoveo (merovingios), habian parado con sus mismos dueños antiguos, en siervos de los austrasico-francos. Este pueblo bárbaro ignorante de las letras y del romance galo, que se iba formando á la sazón de un latin estragado, y usando un dialecto del alemán (2), aterraba las amenas provincias del Mediodía, assoladas ya y desfloradas repetidamente por su indómita soldadesca. Con especialidad la Septimania, donde el ahinco de los árabes habia planteado su dominio bajo el mismo título que en España, estaba temerosa de los austrasios. Dueños por dueños, si estuviera en su mano, los antiguos galo-romanos, y hasta los godos que aun quedaban, hechos ya enteramente romanos por lengua y costumbres, con toda su diferencia de religion, prefirieron los árabes, en quienes brotaba á lo menos allá algun asomo de generosidad y sumo acatamiento á todo viso de arte ó de ciencia, á los cerriles y desafortados Teuskas de Karl el Bastardo, hablando Tudesco, y de los cuales la mitad eran todavía paganos (3). La Aquitania y la Neustria, pa-

tentes á entrambos pueblos, se estaban ofreciendo como una presa para el mas denodado. Para conquistar la Galia entera, se hacia pues forzoso arrojar por delante la Aquitania y la Neustria, y allí mismo asestó Abderramen sus primeros embates. Enseñoreando á Burdeos, Poitiers, Turs y París, en su mano estaba el ir esperando refuerzos, entona la conquista y arrinconar mas y mas, en ganando tres ó cuatro batallas de entidad, á los austrasios hasta su antigua patria allende el Rhin, y luego revolviéndose, Ródano abajo, plantear la dominacion musulmana en todo el pais que despues ha venido á ser la Francia. Encumbráranse en París mezquitas, se predicára y enseñára el Islam donde la edad media edificó á Nuestra Señora de París y las basílicas de Santiago y de san Pedro el de los Bueyes. Mas era el clima poco apropiado para el impetu fogoso de la Arabia, y como dicen sus historiadores, no lo querria Dios. El instrumento de que se valió Dios á la sazón fué aquel Karl apellidado Martel, á quien los árabes andan llamando ya Kaldus, ya Karle, fundador del poderío de la segunda Alcurnia y de la renovación de la monarquía franco-germánica de las Galias.

Estraordinarios fueron los preparativos de Abd el Rahman, pero proporcionados, no ya á una mera correría á ciegas, sino á una expedición formal que llevaba por objeto la conquista á un pais anchuroso, acudían al llamamiento tribus enteras de Arabia, Siria, Egipto y Africa, pobladoras de España, y cuantos varones eran de armas tomar se alistaban en las banderas del emir. Todo se hallaba ya pronto, cuando supo que el gobernador de la raya oriental, quien debia adelantarse con todas sus fuerzas, se desentendia de sus órdenes. Era este Otman ben Abu Nesa, de nacion bereber, ya mencionado (4). Era valiente, y dotado, por confesion de los mismos árabes, de prendas sobresalientes, pero de suyo revoltoso, y por otra parte tibio creyente; y como habia sido ya por dos veces wali general de la península, aspiraba á recobrar su empleo; y por tanto estaba presenciando con desazon y aun con ira el encumbramiento de Abd el Rahman al blanco de sus anhelos. Habiendo ejercido dilatado mando en las provincias que á la sazón estaba rigiendo, comprensivas á corta diferencia de la Cerdaña y todo el pendiente del Pirineo hasta el valle de Aude, habia ya avencinado á varias tribus be-

(1) «Cumplid los tratados, por cuanto os han de residenciar.»

Alcoran, sur 17, vers. 56.

(2) Véase Sismondi.

(3) Ibid.

(4) *Unus ex Maurorum gente*, dice Isidoro de Bejar, que nunca usa indistintamente esta expresion.

reberes y se había grangeado un partido. Tenía además un aliado poderoso con el duque de Aquitania, cuyos estados tenía amagados Abd el Rahman, y cuya hija, llamada (1) Lampejia, había Otman llegado á ver, no se sabe como, en una de sus correrías por aquel territorio: añaden algunos que la hizo prisionera; mas no pasan adelante las noticias, aunque el hecho es positivo. Prendado de su hermosura, se enamoró desesperadamente, y pidiéndola al padre se la había concedido para su desposorio. Este género de enlaces entre musulmanes y cristianos solian verificarse, aunque mirados siempre con sobrecejo por los mas celosos de ambas religiones. Razones de política habian inclinado á Eudes para dar este paso, pues amenazándole Karl ó Cárlos por la raya del Norte, se conceptuaba al menos afianzado por la del Mediodia, y parece que no anduvo descaminado en contar con el arrimó de su yerno musulmán.

Estos hechos, que Abd el Rahman había desatendido al pronto, fueron para él destellos de luz: que le manifestaron cuanto tenia que recelar por la parte de Abunesa. Este, con las fuerzas propias y las de su partido, iba positivamente á disputarle la potestad suprema de la península, y plagar á los musulmanes con la guerra civil. Forzoso era anticiparse, y Abd el Rahman acordó ejecutivamente el quitarlo del medio sin darle tregua para volver en sí, destacando un caudillo siriaco, llamado Gedhy ben Zeyan, con un cuerpo del nuevo ejército, para traérselo vivo ó muerto; y fué tal la velocidad de Gedhy, que sorprendió á Otman en Castrum Livæ ó Cerritanense (2), antes de entablar disposiciones para su defensa quedándole apenas el arbitrio de huir con su mujer y algunos sirvientes. Gedhy le hizo inmediatamente perseguir por los desfiladeros de las montañas; y Otman yacia postrado de cansancio con su idolatrada cautiva, como la apellida el autor arábigo, junto á un manantial que se despeñaba de una cumbre y sesgaba luego por el valle bañándolo de frescura y fertilidad. Otman traia allí mas afan por su cautiva que por su propia vida, y aquel valiente estaba asombradizo y trémulo en aquel punto, ya con el susurró de la maleza y de los matorrales con-

movidos por el viento, oyen los suyos de improviso el eco de pasos y voces, y acuden á las armas, como que eran con efecto los soldados de Gedhy.

Otman desesperado recomendó Lampejia á los suyos, y se derrumbó, dicen, por un barranco por no caer vivo en manos de sus enemigos (1). Refieren otros que tiró de su espada, y murió alanceado peleando. Le cortaron la cabeza, aprisionaron á la dama, y Gedhy arrojó volando á los pies del emir aquellos dos testimonios de su obediencia ejecutiva. La hermosura de Lampejia prendó tambien á Abd el Rahman, y segun la costumbre de aquel tiempo, la envió al califa con la cabeza cortada del marido y el pormenor de las razones que había motivado aquella ejecución tan arrebatada.

Abderramen, exento de toda zozobra en cuanto al interior de la península, se puso por fin en camino. Jamás asomara por España hueste tan grandiosa de musulmanes; agolpáranse las tribus principales tremolando cada cual su bandera; pero el total del ejército siguiendo el estandarte blanco de los Omiades (2), se encaminó por los Vaceos, dice Isidoro Pacense (significando por lo visto el pais de Jaca y Navarra) (3), atravesó el Pirineo entró en la Novempopulania, y se internó por los estados de Eudes de Aquitania, desembocando de las vegas amenas de Bigorra y de Bearne, ciñendo sin duda alguno de los riachuelos que las van surcando del Sur al Norte. Por lo menos el grueso del ejército fué siguiendo aquel rumbo, pero no sin dejar rastro de talaş ó tropelías. Solian, como se ha dicho, los sarracenos entrar aterrando para salir luego mas baratos con los enemigos, y á su asomo por la Vasconia traspirenaica se atuvieron puntualmente á su sistema. Aquella hueste inmensa que á tan duras penas se había ido desarrollando de las gargantas angostas del Pirineo, se esplayó allí tendidamente por aquella parte como un torrente asolador. Por donde quiera aparecian las mueststras de su tránsito. Quedaron saqueadas la abadía de San-Savin en Tarbes y la de San Severo de Rustan en Bigorra; como igualmente vinieron á quedar casi muertas Oleron, Bearne, Aire y Ba-

(1) Isid. Pac., Chron., c. 58.

(2) Era el blanco el color de los omiades, el negro el de los Abasides, el verde el de los Fatimitas.

(3) Anno DCCXXXII Abderaman, rex Spania, cum exercitu magno sarracenorum per Pampalonam et montes Pyrenneos transiens Burdigalem civitatem obsidet. Anales de Aniano, Duch., III, p. 437.

(1) Lamada tambien en algunas crónicas Lampajia, Monina, etc.

(2) El autor arábigo habla de Medina el Bah (la ciudad de la Puerta), nombre que dieron, segun costumbre á Julia Livia, por cuanto viene á ser la puerta por donde se pasa de la península al continente europeo.

zas. Intentó resistir Burdeos, pero fué tan ejecutivamente asaltada y saqueada como las demás. Feneció en la pelea trabada antes de la toma del pueblo el conde que allí mandaba por Eudes, y los árabes, teniéndolo por el mismo Eudes, le cortaron la cabeza para enviarla á Damasco.

Obvio fué todo hasta allí á los sarracenos, mas luego se les fueron atravesando tropiezos. Empachados allá con su inmenso bagaje y despojo, atraviesan trabajosamente el Garona, y luego el Dorduña, se encuentran por fin con Eudes encaminándose á ellos, casi en la cuenca anchurosa de ambos rios, llamada la Gironda. No detiene un punto á los musulmanes el recuerdo de la derrota de Tolosa, y embisten y arrollan ejecutivamente al enemigo; y dice Isidoro, al remedo de los autores arábigos, que solo Dios podia saber el número de los cristianos muertos (1). El descalabro del anciano duque de Aquitania la pone toda en manos de los sarracenos, quienes siguen assolando, y van señoreando territorios, toman ciudades y ocupan aldeas, segun habla uno de sus historiadores. Es tan crecida la presa que van haciendo, que, segun el mismo autor á todo soldado le caben oro, esmeraldas, jacintos y topacios, además por supuesto de todo lo conducente á una hueste en campaña. Siguen avanzando sin contraresto y asoman luego sobre la ciudad de Poitiers; pónese esta en defensa, pero queda tomado y abrasado uno de sus arrabales, quedando en él reducida á cenizas la iglesia de San Hilario.

Resiste entretanto el recinto fortificado de la ciudad; titubea Abd el Rahman entre seguir el cerco ú encaminarse á Turs, donde le ceban las preciosidades inmensas del sepulcro de San Martin, apóstol de la Galia (2), cuando le notician que Kaldús ó Karle acaba de atravesar el Loira y viene sobre él con crecidos batallones de su mejor gente de armas. Desahuciado Eudes, le ha suscitado aquel enemigo poderoso, que fué por largo tiempo, y aun poco antes, su propio contrario en Aquitania, mas á quien tiene que acudir tras la derrota de Burdeos (3). Carlos amenazado tambien él mismo en sus estados por los sarracenos, habia

ansiosamente entrado en el empeño del duque franco-aquitano, esmerándose de mancomun en la defensa de aquella Aquitania por la que habian luego de batallar entre sí. Enterado el Abd el Rahman de la venida del duque austrasio, no trató ya de la toma de Poitiers, y marchó desde luego al encuentro de los francos. Varian los autores acerca del sitio de aquel trance. Delante de Turs, segun algunos, harto distante de Poitiers, al estar ya en ademan de asaltar el pueblo de San Martin, fué cuando los árabes quedaron sobrecogidos con la llegada de Carlos y el asomo de su vanguardia, á la orilla opuesta del Loira, disponiéndose á pasarlo. Bajo aquel concepto lograron asaltar y saquear la ciudad, ó mas bien un arrabal, á la vista de los mismos francos, sin que estos alcanzasen á estorbarle el intento.

Pero allí ó junto á Poitiers, siempre resulta positivo que entre aquellos dos pueblos y quizás en la confluencia del Viena y el Clain, un día del mes de octubre de 732, los sarracenos que Abd el Rahman, lugar teniente del califa de Damasco, iba acaudillando para la conquista de la Galia septentrional, y los franco-austrasios que acudían á su defensa, capitaneados por el duque soberano de Austrasia, Carlos, hijo de Pepino, y mayordomo del palacio de los reyes francos de Neustria, se hallaron contrapuestos. Rozáronse ambas huestes con un impulso de curiosidad y de zozobra. Eran dos castas absolutamente diversas y mutuamente desconocidas las que iban á batallar. Estudiáronse mas y mas unos y otros antes de trabar la pelea, embargando la contraposición todas las potencias. La gente del Norte y de mil castas, hablando diversos idiomas europeos, *Europeenses*, los llama Isidoro, francos, austrasios, atuarios, bructeros, turingos, heseses, etc., iban encajonados en hierro, cubiertos de corazas de piel, armados con espadas anchas y rectas de dos filos, con montantes, con lanzones largos y recios, y con mazas pesadísimas con puntas de hierro. Escasos los ginetes, iban macizamente pertrechados, y eran los únicos que usaban arrojadiza. Poco era el aparato militar de los árabes, armados todos á la ligera, sin broquel y sin coraza. Ni conocian ni apreciaban armas defensivas; y tan solo el turbante ó gorro lanudo que les ceñía redobladamente la cabeza era la única prenda de todo su porte que proporcionase algun resguardo. Lanza y alfanje eran sus armas predilectas para la refriega. Sus muchísimos ginetes, valiéndose al mismo tiempo de arco, ballesta y sable, constituían la fuerza principal y mas formidable de sus hues-

(1) Isid. Pac., Chr., c. 59.

(2) Ad domum beatissimi Martini evertendam destinant; at Karolus, etc. dice Fredegario.

(3) Cum consule Franciæ interioris Austriæ nomine Carolo, vino ab ineunte ætate belligerò et rei militaris experto, ab Eudone præmonito sese infrontat. Isid. Pac., Chro., n. 59.